

Introducción a la semana

Como si de un espacio singular de gracia se tratara, esta semana abre de manera más que hermosa: que somos miembros de Cristo y nuestro cuerpo es templo del Espíritu, nos dirá Pablo en la segunda lectura del Domingo; a su vez Samuel nos pondrá en sintonía con la voz siempre oportuna de Dios para provocar la respuesta fecunda y servicial: Habla, Señor, que tu siervo escucha. El evangelio cierra este apretado ramillete dominical con el llamado de dos discípulos que, a su vez lo fueron de Juan, y que llevan ante Jesús de Nazaret a Simón Pedro, Cefas como nombre de misión.

En el transcurso de la semana, además, nos encontramos con las memorias litúrgicas de seguidores de Jesús que gozan de notoria popularidad en la piedad y la tradición: San Antonio abad, monje y líder de monjes, cuya retirada soledad no le impidió escuchar el eco doloroso de los cristianos per-seguidos por Diocleciano, a los que consoló vivamente. En el día 17 es costumbre en no pocos lugares de bendecir a los animales domésticos y a las mascotas. Pueblan el día 20 un buen ramillete de mártires, entre ellos los protomártires de la Hispania cristiana, en el siglo III, el obispo Fructuoso y sus diáconos Augurio y Eulogio; el papa mártir Fabián y el milanés Sebastián, a quien el pueblo tributó siempre un devoto homenaje. Cierra la semana la memoria de la virgen y mártir Inés, cuyo natalicio para la vida resucitada fue cantado por Prudencio y otros poetas cristianos.

Las primeras lecturas de estos días están escogidas del I Libro de Samuel, salvo el sábado. Escucharemos algo de las vicisitudes de los últimos días de Saúl, la unción de David, su enfrentamiento con el filisteo, y una serie de gestas que formarán los cimientos de la leyenda que el pueblo construirá en torno al reinado davídico; son algunos de los contenidos que desgranar las páginas del Viejo Testamento de estos días.

La lectura evangélica, del texto de San Marcos, entra de lleno en alguno de los puntos básicos del mensaje liberador del Maestro de Galilea: la neta diferencia entre los discípulos de Juan y los de Jesús, la ley, incluso la religiosa, al servicio del hombre y no al revés porque la prioridad siempre sin excepción, será hacer el bien; la llamada a los que quiso para hacerlos compañeros predicadores del Reino como privilegio y misión. Sugerente panorama para comprobar, una vez más, el encanto de la Palabra viva.

Lun

16

Ene

2012

Evangelio del día

Segunda semana del Tiempo Ordinario - Año Par

“A vino nuevo, odres nuevos”

Primera lectura

Lectura del primer libro de Samuel 15, 16-23

En aquellos días, Samuel dijo a Saúl:

«Voy a comunicarte lo que me ha manifestado el Señor esta noche».

Saúl contestó:

«Habla».

Samuel siguió diciendo:

«¿No es cierto que siendo pequeño a tus ojos eres el jefe de las doce tribus de Israel? El Señor te ha ungido como rey de Israel. El Señor te envió con esta orden: “Ve y entrega al anatema a esos malvados amalecitas y combátelos hasta aniquilarlos”. ¿Por qué no has escuchado la orden del Señor, lanzándote sobre el botín, y has obrado mal a sus ojos?».

Saúl replicó:

«Yo he cumplido la orden del Señor y he hecho la campaña a la que me envió. Traje a Agag, rey de Amalec, y entregué al anatema a Amalec. El pueblo tomó del botín ovejas y vacas, lo más selecto del anatema, para ofrecérselo en sacrificio al Señor, tu Dios, en Guilgal».

Samuel exclamó:

«¿Le complacen al Señor los sacrificios y holocaustos tanto como obedecer su voz?

La obediencia vale más que el sacrificio, y la docilidad, más que la grasa de carneros.

Pues pecado de adivinación es la rebeldía y la obstinación, mentira de los terafim.

Por haber rechazado la palabra del Señor, te ha rechazado como rey».

Salmo de hoy

Salmo 49, 8-9. 16bc-17. 21 y 23: R/. Al que sigue buen camino le haré ver la salvación de Dios

No te reprocho tus sacrificios,

pues siempre están tus holocaustos ante mi.

Pero no aceptaré un becerro de tu casa,

ni un cabrito de tus rebaños. R/.

¿Por qué recitas mis preceptos
y tienes siempre en la boca mi alianza,
tú que detestas mi enseñanza
y te echas a la espalda mis mandatos? R/.

Esto haces, ¿y me voy a callar?
¿Crees que soy como tú?
Te acusaré, te lo echaré en cara.
El que me ofrece acción de gracias,
ése me honra;
al que sigue buen camino
le haré ver la salvación de Dios». R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 2, 18-22

En aquel tiempo, como los discípulos de Juan y los fariseos estaban ayunando, vinieron unos y le preguntaron a Jesús:

«Los discípulos de Juan y los discípulos de los fariseos ayunan. ¿Por qué los tuyos no?».

Jesús les contesta:

«¿Es que pueden ayunar los amigos del novio, mientras el novio está con ellos? Mientras el novio está con ellos, no pueden ayunar.

Llegarán días en que les arrebatarán al novio, y entonces ayunarán en aquel día.

Nadie echa un remiendo de paño sin remojar a un manto pasado; porque la pieza tira del manto -lo nuevo de lo viejo- y deja un roto peor.

Tampoco se echa vino nuevo en odres viejos; porque el vino revienta los odres, y se pierden el vino y los odres; a vino nuevo, odres nuevos».

Reflexión del Evangelio de hoy

La figura del rey Saúl, en la Primera Lectura, no resulta atrayente ni muy aleccionadora. Es cierto que el botín que tomaron sus soldados pudo ser destinado en sacrificio a Dios. Pero, Dios, más que sacrificios, y menos de este tipo, lo que quiere y busca es el sacrificio interior, la confianza personal en él, la búsqueda de su voluntad y el empeño en cumplirla.

En el Evangelio, la excusa hoy de los fariseos para enfrentarse a Jesús es el ayuno, que, según ellos, sus discípulos no practican. Jesús defenderá el ayuno, pero a su tiempo, en su momento. Porque, mientras esté el Novio, los discípulos están de fiesta. Dentro de unos días, en cuaresma, reflexionaremos sobre su conveniencia, su valor y su oportunidad.

“¿Por qué los tuyos no?” ¿Por qué nosotros no?

Jesús podía haber contestado: “Porque son discípulos míos”. Porque Juan predicaba penitencia y conversión para huir de la ira de Dios, en un juicio terrible del que nadie podía librarse. Y Jesús predicaba perdón y salvación para todos. Jesús se centra más en mostrarnos el rostro de un Padre que, más que terribles juicios, ofrece sus brazos y, con ellos y en ellos, toda la felicidad de que es capaz el ser humano. Por eso, Jesús y sus discípulos ayunan, pero no viven ayunando como Juan y sus discípulos; bautizan, pero prefieren perdonar, liberar, acoger, mostrar el rostro amable de un Dios hasta entonces desconocido.

¿Y nosotros, qué? ¿Qué dicen de nosotros, seguidores de Jesús, los que no creen lo que nosotros creemos? ¿Qué contestamos a los enviados de turno cuando nos preguntan por qué nosotros no hacemos lo que ellos hacen? ¿O es que no nos preguntan porque no hace falta, porque nos consideran de los suyos, pensando que creemos y hacemos lo mismo que ellos?

A vino nuevo, odres nuevos, hombres nuevos

Al vino nuevo del Evangelio no le sirven los odres viejos, magníficos en la misión que cumplieron, pero viejos, de Juan y sus discípulos. Dios es para nosotros liberación, perdón incondicional. Dios quiere odres nuevos que contengan personas acogedoras como acogedor se mostró Jesús. Personas que, antes de acoger a los demás y para que sepan cómo hay que hacerlo, acojan a un Padre que sólo piensa en hacer nuestra vida más humana, más gratificante, más justa. Una vida donde las coordenadas sean la paz, la verdad y la justicia. Y, como fruto maduro, la misericordia y la bondad, sinónimo de santidad.

El modelo en nuestro trabajo de “alfareros” es Jesús, su persona, su vida, su enseñanza. Nuestros nuevos valores, los evangélicos; las actitudes que buscamos, las que mostró Jesús a lo largo y ancho de su vida. Y no nos preocupemos por el vino, sino sólo por el continente.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Mar
17
Ene
2012

Evangelio del día

Segunda semana del Tiempo Ordinario - Año Par
Hoy celebramos: San Antonio Abad (17 de Enero)

“El sábado se hizo para el hombre, no el hombre para el sábado”

Primera lectura

Lectura del primer libro de Samuel 16, 1-13

En aquellos días, el Señor dijo a Samuel:

«¿Hasta cuándo vas a estar sufriendo por Saúl, cuando soy yo el que lo he rechazado como rey de Israel? Llena tu cuerno de aceite y ponte en camino. Te envío a casa de Jesé, el de Belén, porque he visto entre sus hijos un rey para mí».

Samuel respondió:

«¿Cómo voy a ir? Si lo oye Saúl, me mata».

El Señor respondió:

«Llevas de la mano una novilla y dices que has venido a ofrecer un sacrificio al Señor. Invitarás a Jesé al sacrificio, y yo te indicaré lo que has de hacer. Me ungirás al que te señale».

Samuel hizo lo que le había ordenado el Señor.

Una vez llegado a Belén, los ancianos de la ciudad salieron temblorosos a su encuentro.

Preguntaron:

«¿Es de paz tu venida?».

Respondió:

«Sí. He venido para ofrecer un sacrificio al Señor. Purificaos y venid conmigo al sacrificio».

Purificó a Jesé y a sus hijos, y los invitó al sacrificio.

Cuando estos llegaron, vio a Eliab y se dijo:

«Seguro que está su ungido ante el Señor».

Pero el Señor dijo a Samuel:

«No te fijas en su apariencia ni en lo elevado de su estatura, porque lo he descartado. No se trata de lo que vea el hombre. Pues el hombre mira a los ojos, mas el Señor mira el corazón».

Jesé llamó a Abinadab y lo presentó a Samuel, pero le dijo:

«Tampoco a éste lo ha elegido el Señor».

Jesé presentó a Samá. Y Samuel dijo:

«El Señor tampoco ha elegido a este».

Jesé presentó a sus siete hijos suyos ante Samuel. Pero Samuel dijo a Jesé:

«El Señor no ha elegido a estos».

Entonces Samuel preguntó a Jesé:

«¿No hay más muchachos?».

Y le respondió:

«Todavía queda el menor, que está pastoreando el rebaño».

Samuel le dijo:

«Manda a buscarlo, porque no nos sentaremos a la mesa, mientras no venga».

Jesé mandó a por él y lo hizo venir. Era rubio, de hermosos ojos y buena presencia. El Señor dijo a Samuel:

«Levántate y úngelo de parte del Señor, pues es este».

Samuel cogió el cuerno de aceite y lo ungió en medio de sus hermanos. Y el espíritu del Señor vino sobre David desde aquel día en adelante.

Samuel emprendió luego el camino de Ramá.

Salmo de hoy

Sal 88, 20. 21-22. 27-28 R/. Encontré a David, mi siervo

Un día hablaste en visión a tus santos:

«He ceñido la corona a un héroe,
he levantado a un soldado de entre el pueblo». R/.

«Encontré a David, mi siervo,
y lo he ungido con óleo sagrado;
para que mi mano esté siempre con él
y mi brazo lo haga valeroso». R/.

«Él me invocará: “Tú eres mi padre,
mi Dios, mi Roca salvadora”;
y lo nombraré mi primogénito,
excelso entre los reyes de la tierra». R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 2, 23-28

Sucedió que un sábado Jesús atravesaba un sembrado, y sus discípulos, mientras caminaban, iban arrancando espigas.

Los fariseos le preguntan:

«Mira, ¿por qué hacen en sábado lo que no está permitido?».

Él les responde:

«¿No habéis leído nunca lo que hizo David, cuando él y sus hombres se vieron faltos y con hambre, como entró en la casa de Dios, en tiempo del sumo sacerdote Abiatar, comió de los panes de la proposición, que sólo está permitido comer a los sacerdotes, y se los dio también a los que estaban

con él?».

Y les decía:

«El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado; así que el Hijo del hombre es señor también del sábado».

Reflexión del Evangelio de hoy

“Ungió Samuel a David y en aquel momento lo invadió el Espíritu del Señor”

El pequeño Samuel, a quien su madre había presentado en el templo, consagrándolo al servicio de Dios, hoy ejerce su función sacerdotal ungiendo y consagrandolo al nuevo rey de Israel. Anteriormente, lo había hecho con Saul, el cual, fue rechazado como rey, por Dios, por su infidelidad en el cargo. Dios, manda a Samuel, ir a Belén, en busca de aquel a quien Dios había elegido como futuro rey, cuyo trono durará para siempre, de cuya descendencia nacerá el Salvador. Samuel, teme a Saul, pero obedece a Dios y sale para Belén, entra en casa de Jesé, quien le va presentado cada uno de sus hijos. La voz del Señor le dice a Samuel, no mires sus apariencias externas, el Señor mira el corazón. Al llegar el más pequeño, David, que lo describe de buen tipo, buen color y hermosos ojos, Dios indica a Samuel: “Úngele, porque es este”. En el momento de la unción, el Espíritu del Señor invadió a David y estuvo con él en adelante.

También nosotros, en nuestra pequeñez, hemos sido ungidos, por el bautismo, el Espíritu Santo habita en nosotros. Ojala nuestra respuesta sea de lealtad, como la de David, que permanezca siempre en nosotros y respondamos con fidelidad a la acción de Dios, cumpliendo la misión que Dios nos ha dado a cada uno y agradeciendo siempre su presencia dentro de nuestro corazón.

“El sábado se hizo para el hombre, no el hombre para el sábado”

La Ley de Dios manda santificar el día del Señor, los fariseos se lo tomaban de tal modo, que ven con malos ojos cuando los discípulos de Jesús cogen espigas para apaciguar el hambre. Jesús, ante esta crítica de los que se sienten fieles cumplidores de la letra de la Ley, no sólo defiende la acción de los discípulos, sino que se proclama a sí mismo como Señor del Sábado: “El Hijo del Hombre es también Señor del sábado”.

Jesús es Dios, es el Señor, pero le gusta presentarse como “Hijo del Hombre”, según lo habían visto los profetas. Nos enseña que la letra mata, es el espíritu de la Ley el que da vida, para eso fue dada la Ley, para dar vida, para defender al hombre y ayudarlo en sus necesidades.

El espíritu de la Ley es el Amor, en él está encerrada la Ley y los Profetas, también nosotros, muchas veces, queremos cumplir la letra y descuidamos el Espíritu, que es el que da vida, el que nos impulsa a obrar siempre en bien de los hermanos, asistirlos en sus necesidades. Bueno sería que aprovecháramos la lectura de este día para examinarnos, si cumplimos por cumplir, o, por vivir con pasión la fuerza del amor: “La letra mata, el Espíritu vivifica.”



Hna. María Pilar Garrúes El Cid
Misionera Dominicana del Rosario

San Antonio Abad

Entre los santos más populares de todos los tiempos está San Antonio o San Antón. Muchas poblaciones celebran con festejos especiales la memoria de San Antón, con bendición de animales domésticos o de compañía, con jornada festiva en el campo –San Antón saca a los viejos del rincón-, y otras celebraciones. Se podría pensar que San Antonio Abad fue un santo más o menos alegre. Sin embargo, la seriedad de su vocación cristiana y la radicalidad de su respuesta queda fuera de duda, a la vista de lo que San Atanasio escribió en Vida de San Antonio:

«Cuando murieron sus padres, Antonio tenía unos dieciocho o veinte años, y quedó él solo con su única hermana, pequeña aún, teniendo que encargarse de la casa y del cuidado de su hermana.

Habían transcurrido apenas seis meses de la muerte de sus padres, cuando un día en que se dirigía, según costumbre, a la iglesia, iba pensando en su interior cómo los apóstoles lo habían dejado todo para seguir al Salvador, y cómo, según narran los Hechos de los Apóstoles, muchos vendían sus posesiones y ponían el precio de la venta a los pies de los apóstoles para que lo repartieran entre los pobres; pensaba también en la magnitud de la esperanza que para éstos estaba reservada en el cielo; imbuido de estos pensamientos, entró en la iglesia, y dio la casualidad de que en aquel momento estaban leyendo aquellas palabras del Señor en el Evangelio:

"Si quieres llegar hasta el final, vende lo que tienes, da el dinero a los pobres -así tendrás un tesoro en el cielo- y luego vente conmigo."

Entonces Antonio, como si Dios le hubiese infundido el recuerdo de lo que habían hecho los santos y como si aquellas palabras hubiesen sido leídas especialmente para él, salió en seguida de la iglesia e hizo donación a los aldeanos de las posesiones heredadas de sus padres (tenía trescientas parcelas fértiles y muy hermosas), con el fin de evitar toda inquietud para sí y para su hermana. Vendió también todos sus bienes muebles y repartió entre los pobres la considerable cantidad resultante de esta venta, reservando sólo una pequeña parte para su hermana.

Habiendo vuelto a entrar en la iglesia, oyó aquellas palabras del Señor en el Evangelio:

"No os agobiéis por el mañana."

Saliendo otra vez, dio a los necesitados incluso lo poco que se había reservado, ya que no soportaba que quedase en su poder ni la más mínima cantidad. Encomendó su hermana a unas vírgenes que él sabía eran de confianza y cuidó de que recibiese una conveniente educación; en cuanto a él, a partir de entonces, libre ya de cuidados ajenos, emprendió en frente de su misma casa una vida de ascetismo y de intensa mortificación.

Trabajaba con sus propias manos, ya que conocía aquella afirmación de la Escritura: El que no trabaja que no coma; lo que ganaba con su trabajo lo destinaba parte a su propio sustento, parte a los pobres.

Oraba con mucha frecuencia, ya que había aprendido que es necesario retirarse para ser constantes en orar: en efecto, ponía tanta atención en la lectura, que retenía todo lo que había leído, hasta tal punto que llegó un momento en que su memoria suplía los libros.

Todos los habitantes del lugar, y todos los hombres honrados, cuya compañía frecuentaba, al ver su conducta, lo llamaban amigo de Dios; y todos lo amaban como a un hijo o como a un hermano.» [...]

Maestro de vida espiritual

De su magisterio hay algunas pinceladas en la Vida de San Antonio, de su discípulo San Atanasio. Así nos dice que era frecuente la predicación sobre los novísimos, porque estaba convencido de que meditar sobre la muerte y el destino del hombre da al alma fuerzas para luchar contra el demonio, contra las pasiones desordenadas, contra la impureza: Si viviéramos cada día como si hubiéramos de morir ese mismo día, jamás pecaríamos. Su ejemplo personal y su palabra aconsejaban el ayuno, la oración, la señal de la cruz, la vivencia de la fe. Enseñaba, por propia experiencia, que el demonio tiene miedo a los ayunos, las vigiliias y oraciones de los ascetas... Y decía que la mejor actitud ante las insidias del maligno son, principalmente, el amor encendido a Jesucristo, la paz del corazón, la humildad, el desprecio de las riquezas, el amor a los pobres, la limosna...

La enseñanza de Antonio cautivaba a quienes acudían a él. Y, poco a poco, fueron formándose comunidades que tenían como norma el estilo de vida de Antonio. Tradicionalmente se ha visto en este fenómeno el nacimiento del monacato oriental, hacia el año 305. Pero aquellos cenobitas y eremitas no vivían de espaldas a los sufrimientos de la Iglesia. Cuando en el año 311 el emperador Galerio Valerio Maximino Daya inició su cruenta persecución, Antonio y algunos de sus discípulos, que vivían en el desierto sin peligro alguno, se fueron a Alejandría, donde arreciaba la persecución, para alentar a los cristianos en peligro y, si Dios lo quería, morir con ellos. Aunque nadie les puso la mano encima, Antonio, a su vuelta a Pispis, se llevó la gran lección vivida en medio de la persecución: la vida cristiana siempre ha de estar marcada con el signo de la cruz. Y él la abrazó aún con más amor, más entrega y más dureza.

A su ejemplo personal, al don de discernimiento, a los sabios consejos, Dios quiso añadir en la vida de su siervo numerosos y, a veces, espectaculares milagros, con los que garantizaba desde el cielo lo que hacía y decía Antonio en la tierra. Porque es doctrina católica que los milagros sólo Dios puede hacerlos. Y esto lo sabía bien Antonio: Sólo Dios devuelve la salud, decía. Y es Dios quien elige cuándo y a quién. Cuando los beneficiados de su poder taumatúrgico se mostraban agradecidos, replicaba: No es a mí a quien hay que dar las gracias, sino sólo a Dios... El Salvador muestra por doquier su misericordia en favor de los que lo invocan. Curaciones de enfermos, conocimiento de cosas secretas, predicción de acontecimientos futuros o que ocurrían lejos de él, aparición de fuentes de agua en pleno desierto... Todo contribuyó a que su fama se propagara por todo Egipto.

Las gentes, que le habían visto y oído en Alejandría, se hacían lenguas de la santidad y sabiduría de Antonio. Y los visitantes crecían de día en día. El maestro pensó que todo aquello podría hacer tambalear su humildad, base de la vida del espíritu. Por eso, en el año 312 decidió, nuevamente, huir lejos..., en una caravana de beduinos. Cerca del mar Rojo, en el monte Qolzoum, hallaron el lugar apto para quedarse: un oasis, con agua abundante, en el que podían cultivar la tierra. Hasta entonces, la ocupación manual más característica de Antonio y de sus discípulos había sido la confección de

cestos, con cuya venta se procuraban lo necesario para el sustento y para ayudar a los pobres que nunca faltaron en su entorno. Los pobres saben dónde han de pedir.

Allí, cerca del mar Muerto, pasó Antonio el resto de sus días. Cuando sabía que estaba cerca su partida, hizo una última visita a Pispir, donde había dejado tantos discípulos a quienes había que animar a seguir en su vocación contemplativa. En Qolzoum, su última morada, se ha ido transmitiendo de generación en generación la tradición de que Antonio es el fundador del monasterio Deir-el-'Arab. Pero el carisma de Antonio no fue fundar ni gobernar monasterios o comunidades. Lo suyo fue la vida eremítica, el cultivo de la vida de unión con Dios en la más absoluta soledad. En su ermita se encontró plenamente con el Señor el año 356.

Fr. José A. Martínez Puche O.P.

Mié
18
Ene
2012

Evangelio del día

Segunda semana del Tiempo Ordinario - Año Par

Hoy celebramos: Semana de oración por la unidad de los cristianos (18 de Enero)

“¿Qué está permitido en sábado?”

Primera lectura

Lectura del primer libro de Samuel 17, 32-51

En aquellos días, Saúl mandó llamar a David, y éste le dijo:

«Que no desmaye el corazón de nadie por causa de ese hombre. Tu siervo irá a luchar contra ese filisteo».

Pero Saúl respondió:

«No puedes ir a luchar con ese filisteo. Tú eres todavía un joven y él es un guerrero desde su mocedad».

David añadió:

«El Señor, que me ha librado de las garras del león y del oso, me librará también de la mano de ese filisteo».

Entonces Saúl le dijo:

«Vete, y que el Señor esté contigo».

Agarró el bastón, se escogió cinco piedras lisas del torrente y las puso en su zurrón de pastor y en el morral, y avanzó hacia el filisteo con la honda en mano. El filisteo se fue acercando a David, precedido de su escudero. Fijó su mirada en David y lo despreció, viendo que era un muchacho, rubio y de hermoso aspecto.

El filisteo le dijo:

«¿Me has tomado por un perro, para que vengas a mí con palos?».

Y maldijo a David por sus dioses.

El filisteo siguió diciéndole:

«Acércate y echaré tu carne a las aves del cielo y a las bestias del campo».

David le respondió:

«Tú vienes contra mí con espada, lanza y jabalina. En cambio, yo voy contra ti en nombre del Señor del universo, Dios de los escuadrones de Israel al que has insultado. El Señor te va a entregar hoy en mis manos, te mataré, te arrancaré la cabeza y hoy mismo entregaré tu cadáver y los del ejército filisteo a las aves del cielo y a las fieras de la tierra. Y toda la tierra sabrá que hay un Dios de Israel. Todos los aquí reunidos sabrán que el Señor no salva con espada ni lanzas, porque la guerra es del Señor y os va a entregar en nuestras manos».

Cuando el filisteo se puso en marcha, avanzando hacia David, este corrió veloz a la línea de combate frente a él. David metió la mano en el zurrón, cogió una piedra, la lanzó con la honda e hirió al filisteo en la frente. La piedra se le clavó en la frente y cayó de bruces en tierra.

Así venció David al filisteo con una honda y una piedra. Lo golpeó y lo mató sin espada en la mano.

David echó a correr y se detuvo junto al filisteo. Cogió su espada, la sacó de la vaina y lo remató con ella, cortándole la cabeza. Los filisteos huyeron, al ver muerto a su campeón.

Salmo de hoy

Sal 143, 1. 2. 9-10 R/. ¡Bendito el Señor, mi alcázar!

Bendito el Señor, mi Roca,
que adiestra mis manos para el combate,
mis dedos para la pelea. R/.

Mi bienhechor, mi alcázar,
baluarte donde me pongo a salvo,
mi escudo y refugio,
que me somete los pueblos. R/.

Dios mío, te cantaré un cántico nuevo,

tocaré para ti el arpa de diez cuerdas:
para ti que das la victoria a los reyes,
y salvas a David, tu siervo, de la espada maligna. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 3, 1-6

En aquel tiempo, Jesús entró otra vez en la sinagoga y había allí un hombre que tenía una mano paralizada. Lo estaban observando, para ver si lo curaba en sábado y acusarlo.

Entonces le dice al hombre que tenía la mano paralizada:

«Levántate y ponte ahí en medio».

Y a ellos les pregunta:

«¿Qué está permitido en sábado?, ¿hacer lo bueno o lo malo?, ¿salvarle la vida a un hombre o dejarlo morir?».

Ellos callaban. Echando en torno una mirada de ira y dolido por la dureza de su corazón, dice al hombre:

«Extiende la mano».

La extendió y su mano quedó restablecida.

En cuanto salieron, los fariseos se confabularon con los herodianos para acabar con él.

Reflexión del Evangelio de hoy

En la primera lectura encontramos el famoso pasaje de guerra entre Israel y los filisteos. En concreto, encontramos el episodio donde David se enfrenta al gran soldado filisteo que se le conoce con el nombre de Goliat.

Más allá de los hechos narrados por el pasaje, me parece interesante resaltar una idea que aparece en la primera lectura: cualquier persona humana (David era el más pequeño de la casa de Judá) es capaz de grandes cosas (homo capax Dei). Ahora bien, ¿qué es hacer algo grande? Para algunos hacer algo grande es hacer algo brillante, algo que se vea y que sea patente a los ojos de los otros. Hacer algo grande puede ser hacer hechos heroicos. Hacer algo grande en clave cristiana es hacer algo por Amor, es hacer algo que desarrolle nuestro "ser amoroso" que somos.

En el Evangelio encontramos un pasaje de Marcos donde Jesús entra de nuevo en la sinagoga. Allí le presentan un caso de un hombre con la mano paralizada. Era sábado. Según se desprende del pasaje, entre los que le presentan el caso a Jesús había una única intención, que nada tenía que ver con la curación de hombre: poner a prueba a Jesús. Hay, pues, un juego de intenciones en el pasaje: la intención de los que "estaban al acecho" y la intención de Jesús. Pero Jesús deja perplejos a los que tenían una intención de ponerlo a prueba por medio de una pregunta: ¿Qué está permitido en sábado?, ¿hacer lo bueno o lo malo?, ¿salvarle la vida a un hombre o dejarlo morir? La respuesta ante semejante pregunta fue el silencio; se quedaron sin palabras, sin saber que responder. Este silencio es provocado porque su poca honradez es puesta al descubierto.

El Evangelio nos habla de una actitud perdida: la honradez, la honestidad. No hay mayor tranquilidad que hacer las cosas con doblez. Ser honrado significa no aprovecharse del vecino (en este caso los que quieren ponerlo a prueba se quieren aprovechar del hombre con la mano seca), no utilizarlo, aunque ello suponga dejar algunos de los objetivos que quiero alcanzar.

La honradez es una virtud y actitud "predicante", es decir, que predica en sí misma... La honradez habla del Evangelio, habla del gusto por la Verdad, por Dios.

Hoy empezamos la semana de oración por la unidad de los cristianos que finalizará con la fiesta de la conversión de San Pablo el próximo 25 de Enero. Es una tarea difícil donde la Iglesia Católica nos encontramos empeñados con todas nuestras fuerzas. Temas delicados, complejos, de mucho diálogo teológico, pastoral, institucional... Demos el pistoletazo de salida a esta semana con una oración.



Fray José Rafael Reyes González
Convento de San Esteban (Jerusalén)

Semana de oración por la unidad de los cristianos

Introducción

Desde aquellas palabras de Jesús, recogidas en el Evangelio de San Juan e integradas en la llamada «oración sacerdotal», nunca en la Iglesia se ha dejado de orar por la unidad. El texto evangélico dice: «Padre, te ruego por ellos, para que sean uno, como tú y yo somos uno, para que el mundo crea» (Jn 17, 21). Todas las liturgias antiguas, tanto orientales como occidentales, poseen bellas oraciones que repiten, a su manera, aquella oración del Señor Jesús poco antes de padecer.

Pero cuando las polémicas y enfrentamientos se consumaron y dividieron el cristianismo en Iglesias enfrentadas, la urgencia por la vuelta a la unidad visible se hizo un grito —desgraciadamente no un clamor— y aquella oración de Getsemaní se convirtió en una necesidad sentida por los mejores espíritus de cada una de las comunidades separadas. Existe una larga tradición en las Iglesias cristianas de orar por la unidad. Los textos litúrgicos de las comunidades católicas, ortodoxas, anglicanas y protestantes poseen hermosas plegarias para pedir al Espíritu preservar o devolver —según los casos— la unidad de la Iglesia. Pero además de las expresiones litúrgicas oficiales por la unidad, apareció muy pronto entre los cristianos divididos una orientación marcadamente ecuménica que ponía todo el énfasis en la plegaria por la unidad de las Iglesias divididas —en plural— que, sin menoscabo de la tarea doctrinal, se dio cuenta de que el camino real hacia la plenitud de la unidad pasaba por la convergencia y concordia de corazones en la plegaria común compartida por todos.

Si las Iglesias han tenido bien definidas siempre sus fronteras por ortodoxias y por reglamentaciones jurídicas, los pioneros del ecumenismo encontraron muy pronto legítimos caminos para trascender barreras que parecían infranqueables. La plegaria común aparece así como el pasaporte válido para sentir la unidad al menos en una tensión dialéctica: la oración compartida permite sentirse ya unidos en el Señor de todos, aunque todavía no sea posible la proclamación de pertenencia plena a una comunidad eclesial unida.

El Vaticano II, en el Decreto de Ecumenismo, afirmará solemnemente: «La conversión de corazón y santidad de vida, juntamente con las oraciones privadas y públicas por la unidad de los cristianos, han de considerarse como el alma de todo el movimiento ecuménico, y con razón puede llamarse ecumenismo espiritual (UR 8). [...]

¿Todavía es necesaria la semana de oración por la unidad de los cristianos?

Recordamos el esplendor que acompañaba las celebraciones ecuménicas, durante el mes de enero, de aquellas Semanas de Oración por la Unidad y que congregaban a fieles de todas las denominaciones cristianas. Templos abarrotados, cambio de predicadores: el pastor protestante predicando en la parroquia católica, el párroco católico actuando en el templo evangélico. Gentes entusiasmadas. Eran los años inmediatos al Concilio. Cuando «lo ecuménico», al menos para muchos católicos, era una feliz novedad y un descubrimiento sorprendente.

Habían pasado aquellos primeros tiempos, tiempos audaces, en que el «Centro Unidad Cristiana» de Lyon había comenzado a preparar el tema para la Semana en colaboración con la Comisión «Fe y Constitución», del Consejo Ecuménico de las Iglesias (Ginebra). Colaboración estrecha que se remonta a 1958. Después, el Vaticano II corroboraría totalmente tales iniciativas llamando a la oración «alma del movimiento ecuménico» (UR 8) y el Secretariado para la Unidad —hoy Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos— comenzaba a trabajar conjuntamente con «Fe y Constitución» (1968) a la hora de preparar no ya sólo los temas, sino los textos de la Semana de cada año.

La Semana ha contado con predicadores insignes. Incluso cuando todavía no había adquirido la tradición que más tarde tomaría, hombres como el dominico Yves Congar desarrollaron en los años treinta una intensa actividad en el terreno del ecumenismo espiritual —predicando en numerosas ciudades francesas durante la Semana—, aunando la espiritualidad y la doctrina teológica del ecumenismo. ¿Qué ha pasado hoy cuando la Semana de Oración parece que ha perdido el interés que despertara en decenios anteriores?

La pregunta debería hacer pensar sobre lo que es y no es esa Semana en la que tantas esperanzas se han puesto. No es, ciertamente, una devoción más: no trata de temas accidentales sobre los que discrepar o pasar de ellos. Es, por el contrario, un tiempo fuerte —no un tiempo litúrgico— en el que aspectos fundamentales de la Iglesia se ponen delante del Señor para que se realice visiblemente lo que él pidió al Padre con tanta insistencia en la oración sacerdotal. La Semana de Oración es el momento en el que la obediencia que las Iglesias deben a Cristo respecto a ser uno «para que el mundo crea» se hace plegaria humilde y esperanzada. La espiritualidad de la Semana hace que la tarea (lo que los cristianos y sus Iglesias deben trabajar en orden a la restauración de la unidad) se ponga bajo la perspectiva del don (sabiendo que la unidad finalmente es más don divino que realización humana).

Se sabe que la cuestión ecuménica, suscitada por la división de los cristianos en cuanto desobediencia a la voluntad de Cristo, puede ser considerada además como problema y como misterio. El problema exige siempre la investigación, el análisis arduo, el método correcto, el planteamiento acertado. En esa tarea radica lo que se ha dado en llamar el ecumenismo doctrinal. Los grupos mixtos de diálogo teológico de las diferentes Iglesias llevan ya un largo trecho recorrido, muy arduo, pero lleno de esperanzas y con resultados tangibles como es, por ejemplo, la Declaración Conjunta Lutero-Católica sobre la Doctrina de la Justificación por la Fe (octubre 1999). Los responsables directos del problema ecuménico, considerado como lo hemos planteado, son, en general, los jerarcas y los teólogos de las Iglesias. En cambio, el misterio de la desunión cristiana invita sobre todo a la comunión, a la entrada en él por medio de la actitud de apertura confiada para dejarse impregnar por quien nos trasciende a todos. Y en este terreno, en el del misterio, los responsables son todos los cristianos, todo el pueblo de Dios, que intuye que por medios humanos la unidad parece inalcanzable. Por eso se abre a la plegaria y se deja llevar por el Espíritu que sopla donde quiere y dirige a todos hacia donde quiere. [...]

Estructura de la semana de oración

En realidad la Semana de Oración ofrece muchas posibilidades de celebración. La rigidez estaría reñida con el espíritu que se desea vivir en esos ocho días. Los textos bíblicos, los esquemas celebrativos, los cantos, las liturgias, etc., preparados con antelación por un equipo mixto, nombrado por el Consejo Ecuménico de las Iglesias y por el Pontificio Consejo para la Unidad de los Cristianos, alcanzan su razón de ser cuando llegan a celebrarse

a niveles locales, ya sean parroquiales, en comunidades religiosas, o en reuniones menos formales, pero donde varios cristianos han decidido celebrarla. Su celebración, normalmente en hora vespertina y siempre que sea posible de manera interconfesional, adquiere especial relieve y significatividad cuando existe intercambio de predicadores. Pero de cualquier manera pueden y deben celebrarse durante los ocho días también en lugares donde, por diferentes razones, no hay contexto interconfesional, como son las comunidades contemplativas, las parroquias en cuya demarcación no hay centros de otras confesiones, ciertos colegios privados... Los esquemas preparados por los equipos mixtos suelen tener un sentido bíblico no solamente en sus textos, sino también en las plegarias, en los cantos y en las oraciones. La predicación suele unir la intención propia del tema global con las lecturas bíblicas proclamadas, y con frecuencia las colectas recogidas se destinan a proyectos ecuménicos locales, o bien a paliar necesidades básicas de los más pobres.

En la Iglesia católica, los días de la Semana son muy propicios para que se celebre, cuando la reglamentación litúrgica lo permite, la misa votiva por la unidad. Y a veces se recomienda que se tengan, en el arco de los días que van del 18 al 25 de enero, además de los servicios de oración que constituyen el núcleo de la Semana, algunos actos de tipo académico -conferencias, exposiciones bíblicas o ecuménicas, etc.-que fomenten el deseo de unidad visible de todos los cristianos.

Es bien sabido que cada año, desde 1968, las Semanas de la Unidad tienen un «tema -siempre un versículo bíblico- y unos esquemas elaborados en colaboración entre la Comisión «Fe y Constitución», del «Consejo Ecuménico de las Iglesias» y el «Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos», cuyas reuniones preparatorias tienen lugar en distintas ciudades del mundo.

Fr. Juan Bosch O.P.

«Nos mostraron una humanidad poco común» (Cf. Hch 28, 2), es el lema de la **Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos**, que se celebra **del 18 al 25 de enero de 2020**

Puede encontrar los materiales en la página de la [Conferencia Episcopal Española](#)

Jue

19

Ene

2012

Evangelio del día

Segunda semana del Tiempo Ordinario - Año Par

“Como había curado a muchos, todos los que sufrían de algo se le echaban encima para tocarlo.”

Primera lectura

Lectura del primer libro de Samuel 18, 6-9; 19, 1-7

En aquellos días, cuando David volvía de haber matado al filisteo, salieron las mujeres de todas las ciudades de Israel al encuentro del rey Saúl para cantar danzando con tambores, gritos de alborozo y címbalos.

Las mujeres cantaban y repetían al bailar:

«Saúl mató a mil,

David a diez mil».

A Saúl lo enojó mucho aquella copla, y le pareció mal, pues pensaba:

«Han asignado diez mil a David, y mil a mí. No le falta más que la realeza».

Desde aquel día Saúl vio con malos ojos a David.

Saúl manifestó a su hijo Jonatán y de sus servidores la intención de matar a David. Jonatán, hijo de Saúl, amaba mucho a David. Y le advirtió:

«Mi padre busca el modo de matarte. Mañana toma precauciones, quédate en lugar secreto y permanece allí oculto. Yo saldré y me colocaré al lado de mi padre en el campo donde te encuentres. Le hablaré de ti, veré lo que hay y te lo comunicaré».

Jonatán habló bien de David a su padre Saúl. Le dijo:

«No haga daño el rey a su siervo David, pues él no te ha hecho mal alguno, y su conducta ha sido muy favorable hacia ti. Expuso su vida, mató al filisteo y el Señor le concedió una gran victoria a todo Israel. Entonces te alegraste al verlo. ¿Por qué hacerte culpable de sangre inocente, matando a David sin motivo?».

Saúl escuchó lo que le decía Jonatán, y juró:

«Por vida del Señor, no morirá».

Jonatán llamó a David y le contó toda aquella conversación. Le trajo junto a Saúl y siguió a su servicio como antes.

Salmo de hoy

Sal 55, 2-3. 9-10ab. 10c-11. 12-13 R/. En Dios confío y no temo

Misericordia, Dios mío, que me hostigan,
me atacan y me acosan todo el día;
todo el día me hostigan mis enemigos,
me atacan en masa, oh Altísimo. R/.

Anota en tu libro mi vida errante,
recoge mis lágrimas en tu odre, Dios mío,
mis fatigas en tu libro.
Que retrocedan mis enemigos
cuando te invoco. R/.

Así sabré que eres mi Dios.
En Dios, cuya promesa alabo,
en el Señor, cuya promesa alabo. R/.

En Dios confío y no temo;
¿qué podrá hacerme un hombre?
Te debo, Dios mío, los votos que hice,
los cumpliré con acción de gracias. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 3, 7-12

En aquel tiempo, Jesús se retiró con sus discípulos a la orilla del mar, y lo siguió una gran muchedumbre de Galilea.
Al enterarse de las cosas que hacía, acudía mucha gente de Judea, Jerusalén, Idumea, Transjordania y cercanías de Tiro y Sidón.
Encargó a sus discípulos que le tuviesen preparada una barca, no lo fuera a estrujar el gentío.
Como había curado a muchos, todos los que sufrían de algo se le echaban encima para tocarlo.
Los espíritus inmundos, cuando lo veían, se postraban ante él y gritaban:
«Tú eres el Hijo de Dios».
Pero él les prohibía severamente que lo diesen a conocer.

Reflexión del Evangelio de hoy

La envidia y la amistad

Dos actitudes destacan en la primera lectura. Una de signo negativo: la envidia. Otra de signo positivo: la amistad. Saúl sentía envidia por David, experimentaba "tristeza por el bien ajeno". El pueblo apreciaba más a David que a él, y lo reflejaban hasta en sus coplas: "Saúl mató a mil, David a diez mil". Uno de los secretos para no envidiar a nadie reside en "estar a gusto consigo mismo, en aceptarse a si mismo". Para lo cual es clave acoger y vivir la escala de valores de Jesús de Nazaret, donde el amor a los demás y a uno mismo, basados en el amor que recibimos de Jesús es lo principal, y excluye la envidia. En esta misma línea y con la misma base, está la amistad, personifica en Jonatán hacia David. Quien sigue a Jesús, porque vive como su Maestro el amor y la amistad, no puede padecer la envidia.

"Al enterarse de las cosas que hacía..."

Leído este evangelio desde el hoy de nuestra sociedad, al menos la occidental, nos encontramos con dos contrastes. El primero, el evangelio nos relata que acudía mucha gente de varias regiones a ver a Jesús, "al enterarse de las cosas que hacía" buscando la curación de sus males. En varias de nuestras actuales regiones y países se da hoy el fenómeno contrario: sus gentes no acuden a Jesús, más bien un buen número se aleja de él. El segundo, en su tiempo, Jesús pedía a los que curaba que no propagasen tal suceso, lo que se ha llamado "el secreto mesiánico" para que nadie desfigurase el auténtico rostro del Jesús Mesías, muy distinto del que muchos esperaban. Hoy día, los cristianos somos conscientes de que tenemos que seguir hablando y proclamando a Jesús, el Hijo de Dios, el que ha venido a ofrecernos a los hombres no una ayuda cualquiera, sino la ayuda del mismo Dios para que logremos llevar una vida con sentido, con esperanza, con felicidad terrena limitada sabiendo que nos espera la felicidad total.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Vie

20

Ene

2012

Evangelio del día

Segunda semana del Tiempo Ordinario - Año Par

"Jesús fue llamando a los que él quiso, y se fueron con él."

Primera lectura

Lectura del primer libro de Samuel 24, 3-21

En aquellos días, Saúl tomó tres mil hombres escogidos de todo Israel y marchó en busca de David y su gente frente a Sure Hayelín.
Llegó a un corral de ovejas, junto al camino, donde había una cueva. Saúl entró a hacer sus necesidades, mientras David y sus hombres se

encontraban al fondo de la cueva.

Los hombres de David le dijeron:

«Este es el día del que te dijo el Señor: “Yo entregaré a tus enemigos en tu mano”. Haz con él lo que te parezca mejor».

David se levantó y cortó, sin ser visto, la orla del manto de Saúl. Después de ello, sintió pesar por haber cortado la orla del manto de Saúl. Y dijo a sus hombres:

«El Señor me libre de obrar así contra mi amo, el ungido del Señor, alargando mi mano contra él; pues es el ungido del Señor».

David disuadió a sus hombres con esas palabras y no les dejó alzarse contra Saúl. Este salió de la cueva y siguió su camino.

A continuación, David se levantó, salió de la cueva y gritó detrás de Saúl:

«¡Oh, rey, mi señor!»

Saúl miró hacia atrás. David se inclinó rostro a tierra y se postró.

Y dijo a Saúl:

«¿Por qué haces caso a las palabras que dice la gente: “David busca tu desgracia”? Tus ojos han visto hoy mismo en la cueva que el Señor te ha entregado en mi mano. Han hablado de matarte, pero te he perdonado, diciéndome: “No alargaré mi mano contra mi amo, pues es el ungido del Señor”. Padre mío, mira por un momento, la orla de tu manto en mi mano. Si la he cortado y no te he matado, comprenderás bien que no hay en mí ni maldad ni culpa y que no te he ofendido. Tú, en cambio, estás buscando mi vida para arrebatármela. Que el Señor juzgue entre los dos y me haga justicia. Pero mi mano no estará contra ti. Como dice el antiguo proverbio: “De los malos sale la maldad”. Pero en mí no hay maldad. ¿A quién ha salido a buscar el rey de Israel? ¿A quién persigues? A un perro muerto, a una simple pulga. El Señor sea juez y juzgue entre nosotros. Juzgará, defenderá mi causa y me hará justicia, librándome de tu mano».

Cuando David acabó de dirigir estas palabras a Saúl, este dijo:

«¿Es esta tu voz, David, hijo mío?».

Saúl levantó la voz llorando. Y siguió diciendo:

«Eres mejor que yo, pues tú me tratas bien, mientras que yo te trato mal. Hoy has puesto de manifiesto tu bondad para conmigo, pues el Señor me había puesto en tus manos y tú no me has matado. ¿Si uno encuentra a su enemigo, le deja seguir por las buenas el camino? Que el Señor te recompense el favor que hoy me has hecho. Ahora sé que has de reinar y que en tu mano se consolidará la realeza de Israel».

Salmo de hoy

Sal 56, 2. 3-4. 6 y 11 R/. Misericordia, Dios mío, misericordia

Misericordia, Dios mío, misericordia,
que mi alma se refugia en ti;
me refugio a la sombra de tus alas
mientras pasa la calamidad. R/.

Invoco al Dios altísimo,
al Dios que hace tanto por mí.
Desde el cielo me enviará la salvación,
confundirá a los que ansían matarme,
enviará Dios su gracia y su lealtad. R/.

Elévate sobre el cielo, Dios mío,
y llene la tierra tu gloria.
Por tu bondad, que es más grande que los cielos;
por tu fidelidad, que alcanza a las nubes. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 3, 13-19

En aquel tiempo, Jesús, mientras subía al monte, llamó a los que quiso, y se fueron con él.

E instituyó a doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar, y que tuvieran autoridad para expulsar a los demonios.

Simón, a quien puso el nombre de Pedro, Santiago el de Zebedeo, y Juan, el hermano de Santiago, a quienes puso el nombre de Boanerges, es decir, los hijos del trueno, Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago el de Alfeo, Tadeo, Simón el de Caná y Judas Iscariote, el que lo entregó.

Reflexión del Evangelio de hoy

Todo el mundo ha experimentado la satisfacción de ser reconocido, llamado por su nombre. Toda persona se siente privilegiada cuando de manera personal y única es invitada a un acontecimiento.

Si nos acercamos al evangelio de hoy, parece que no hay muchas claves que comentar. Jesús se acerca y llama a un conjunto de personas para que le sigan. Vamos a acercarnos a esta llamada profundizando en dos claves fundamentales:

- La primera recae en el término llamada, en latín *voco*. Ser llamado implica escuchar, sentir que hay que movilizarse y sentir la responsabilidad que implica la respuesta. Sentirse llamado por Jesús supone ser capaz de escuchar (¿a quién?), sentir que mi vida se remueve (¿por qué?) y dar una respuesta (¿para qué?). Es decir, sentir que nuestro mundo clama y grita; sentir que no puedo pasar de largo ante este sufrimiento y saber que mi vida tiene que ser respuesta, tiene que construir Reino de Dios.

Cuando Jesús llama a sus discípulos no hace una llamada conjunta, de manera que queda diluida en la masa. La llamada de Jesús es personal, nominal, individual, se escucha en la soledad del corazón, habla a la vida única y personal.

- Sin embargo, esta llamada ofrece una segunda clave. Los cristianos decimos que somos convocados por Jesús. Jesús convoca a los discípulos. Recuperando el verbo latino *voco*, podemos formar el verbo castellano convocar; es un sencillo proceso en el que añadimos la

partícula “con” (prefijar) al verbo. Este prefijo matiza el significado del verbo, al mismo tiempo que forma un nuevo verbo. Convocar es ser llamado, con todas las características que hemos visto en la llamada; pero ser llamado con, en compañía. Es una llamada individual que en su misma esencia también es conjunta, es un acto comunitario. Ser convocado es ser llamado, pero reconociendo que es una llamada comunitaria. Es decir, es una llamada compartida, cuestionada, acompañada y reforzada por una comunidad, no es un trabajo de francotirador, por bueno que sea este trabajo.

Un último detalle. Cuando Jesús llama a sus discípulos no hace distinción, ni siquiera el evangelista que lo narra lo matiza, salvo el caso de Judas, de quien sí matiza que es el que lo entregó. No sitúa a ninguno por encima de otro. Los reconoce con su nombre pero en comunión, es una comunidad de iguales, de corresponsables. Quizá sea esta corresponsabilidad en la misión la que como Familia Dominicana y como Iglesia estemos llamados a crear. Una misión en la que no somos más, ni mejores, ni hombres ni mujeres, ni siervos ni señores, simplemente somos Iglesia convocada, comunidad evangélica, cada cual aportando su respuesta e identidad individual, pero construyendo y viviendo en comunidad.



Comunidad El Levantazo
Valencia

Sáb 21 Ene 2012
Evangelio del día
Segunda semana del Tiempo Ordinario - Año Par
Hoy celebramos: Santa Inés (21 de Enero)

“Al enterarse su familia vinieron a llevárselo”

Primera lectura

Lectura del segundo libro de Samuel 1, 1-27

En aquellos días, David regresó tras derrotar a Amaalec y se detuvo dos días en Sicelag.

Al tercer día vino un hombre del campamento de Saúl, con las vestiduras rasgadas y tierra en la cabeza. Al llegar a la presencia de David, cayó en tierra y se postró.

David le preguntó:

«¿De dónde vienes?».

Respondió:

«He huido del campamento de Israel».

David le preguntó de nuevo:

«¿Qué ha sucedido? Cuéntamelo».

Respondió:

«La tropa ha huido de la batalla y muchos del pueblo han caído entre ellos Saúl y su hijo Jonatán».

Entonces David, echando mano a sus vestidos, los rasgó, lo mismo que sus acompañantes. Hicieron duelo, lloraron y ayunaron hasta la tarde por Saúl, por su hijo Jonatán, por el pueblo del Señor y por la casa de Israel, caídos a espada.

Y dijo David:

«La flor de Israel herida en tus alturas. Cómo han caído los héroes. Saúl y Jonatán, amables y gratos en su vida, inseparables en su muerte, más veloces que águilas, más valientes que los leones.

Hijas de Israel, llorad por Saúl, que os cubría de púrpura y adornos, que adornaba con alhajas de oro vuestros vestidos.

Cómo han caído los héroes en medio del del combate. Jonatán, herido en tus alturas.

Estoy apenado por ti, Jonatán, hermano mío. Me ras gratisimo, tu amistad me resultaba más dulce que el amor de las mujeres.

Cómo han caído los héroes. Han perecido las armas de combate».

Salmo de hoy

Sal 79,2-3.5-7 R/. Que brille tu rostro, Señor, y nos salve

Pastor de Israel, escucha,

tú que guías a José como a un rebaño;

tú que te sientas sobre querubines, resplandece

ante Efrain, Benjamin y Manasés;

despierta tu poder y ven a salvarnos. R.

Señor Dios del universo,

¿hasta cuándo estarás airado

mientras tu pueblo te suplica?

Les diste a comer llanto,

a beber lágrimas a tragos;

nos entregaste a las contiendas de nuestros vecinos,

nuestros enemigos. se burlan de nosotros. R.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 3, 20-21

En aquel tiempo, Jesús llega a casa con sus discípulos y de nuevo se junta tanta gente que no los dejaban ni comer. Al enterarse su familia, vinieron a llevárselo, porque se decía que estaba fuera de sí.

Reflexión del Evangelio de hoy

¡Jonatán, hermano mío!

Nos encontramos ante una dura prueba de fe tanto para David, como para el Pueblo de Dios. La muerte del consagrado del Señor, es un signo para ellos. Ver quebrada la Alianza de Dios con su pueblo. Pero el Pastor de Israel, que guía a su pueblo como a un rebaño, ya tiene preparada la nueva oportunidad de fidelidad y de amor a sus mandatos en la persona de David, aunque como vemos a lo largo de su vida también está cargada de idas y venidas al plan del Señor. Pero sin duda la parte más llamativa del texto de hoy, recae en la preocupación de David por el pueblo y su dolor por la pérdida de un amigo. La amistad es el mayor regalo que Dios le pueda dar al hombre, porque es una de las maneras más puras y verdaderas de experimentar el amor. David en el elogio a los valientes lo hace ver cuando dice << Jonatán, hermano mío, cuanto te quería. Tu amor era para mi más maravilloso que el amor de las mujeres>>. La amistad tiene como precio la entrega de uno mismo, una entrega continua, realizada en cada momento crucial de la existencia. El vínculo de la amistad crece y es fortalecido a través de dolorosas y exaltadoras vicisitudes que uno decide aceptar y pasar por la otra persona. Al igual que hizo David y Jonatán.

Solo desde el amor, la libertad germina

Después de leer el relato de hoy nos puede dar la impresión de que Jesús quiere jugar con la palabra "casa" y hacernos ver algo con ella. Jesús entra en ella con sus discípulos, con los doce escogidos. Pero no solo sólo ellos, porque de pronto la casa parece explotar por la inmensidad de gente que vienen buscándolo. Por otra parte vemos que llegan su familia, pero estos no atraídos por la fuerza, la sabiduría y la dulzura de la palabra de Jesús, sino que vienen a quitarlo del medio porque está causando problemas a la reputación familiar. En la casa donde está Jesús caben todos los hombres que le aceptan, pero en el corazón de los que no están abiertos a la novedad y al quehacer de Dios vemos como hasta el propio Hijo de Dios no tiene cabida, ya que lo toman por una persona que no está en sus cabaes. De nuevo ver las dificultades que se nos presentan a la hora de tomar una decisión firme por un estilo de vida, en este caso en el servicio y en el seguimiento a la llamada de Dios. Debemos de crecer en libertad en nuestras relaciones, para no dificultarle a nadie el camino y para que tampoco a nosotros nos afecte el decir de los demás. Nos gustaría terminar con un himno de la liturgia de las horas, que no puede ayudar a reflexionar un poco sobre como son y cómo queremos que sean nuestras relaciones, con Dios y con los hermanos.

Solo desde el amor la libertad germina,
sólo desde la fe van creciéndole alas.

Desde el cimiento mismo del corazón despierto,
desde la fuente clara de las verdades últimas.

Ver al hombre y al mundo con la mirada limpia
y corazón cercano, desde el solar del alma.

Tarea y aventura: entregarme del todo,
ofrecer lo que llevo, gozo y misericordia.

Aceite derramado para que el carro ruede
sin quejas egoístas, chirriando desajustes.

Soñar, amar, servir, y esperar que me llames,
tú, Señor, que me miras, tú que sabes mi nombre.



Monasterio Sta. María la Real - MM. Dominicas
Bormujos (Sevilla)

Hoy es: Santa Inés (21 de Enero)

Santa Inés

*Virgen y mártir
Roma, siglos III-IV*

Santa Inés es una de las más célebres vírgenes y mártires de las persecuciones romanas. Su alabanza resonó por toda la Iglesia y se hicieron eco de su virginidad y su martirio los Santos Padres y los escritores eclesiásticos. Su elogio en el Martirologio Romano es éste:

«En Roma, el triunfo de Santa Inés, virgen y mártir, la cual, por orden del prefecto Sinfronio, fue echada al fuego, que se apagó por la oración de la santa, y fue pasada a cuchillo. De ella escribe San Jerónimo estas palabras: En los escritos y lenguas de todo el mundo, especialmente en las iglesias, es alabada la vida de Inés, porque venció a la tierna edad y al tirano, y consagró con el martirio el título de la castidad.»

Los elogios a la santa siempre subrayan la doble corona con la que fue coronada: la de la virginidad, que de ningún modo quiso perder, y la del martirio, pues dio la vida a causa de su fe cristiana: la castidad virginal y la fortaleza de la fe.

La leyenda forjó unas actas que no pueden admitirse como auténticas, y por ello lo mejor es retener los datos que la tradición hizo llegar a los Santos Padres de los siglos IV y V y por los cuales la alabanza de Inés, como queda dicho, estuvo en la boca de todos.

En primer lugar, hay que decir que se trataba de una joven romana y que Roma fue el teatro de su martirio, la propia capital del Imperio. Los autores han titubeado entre las persecuciones de mediados del siglo III o la de comienzos del siglo IV. Esto último es lo más común y tradicional.

En segundo lugar, hay que afirmar que era una joven de pocos años, unos 13 más o menos, dato este que resalta en la tradición, pues llamó la atención que con tan poca edad tuviera tanta fortaleza, y que no teniendo edad para ser testigo en un juicio, fuera sin embargo testigo (mártir) de Cristo.

En tercer lugar, hay que decir que se trataba de una joven que había consagrado su virginidad a Cristo, una virgen consagrada, y que por ello rechazaba el matrimonio, pues su alma ya tenía un esposo que era Cristo, al que de ningún modo deseaba ser infiel. Que un pretendiente, despedido de su no aceptación, la denunciara como cristiana no es inverosímil. El despecho lleva fácilmente a la venganza, y vengarse de los cristianos era absolutamente fácil.

En cuarto lugar, hay que decir que confesó intrépidamente a Cristo y que no sirvieron amenazas ni malos tratos ni tormentos para hacerla desistir de su propósito de servir a Cristo y de serle fiel. En realidad más parece que ella misma se presentó como cristiana que no que fuera delatada como seguidora del Evangelio.

En quinto lugar, hay que decir que, aunque una tradición sobre su martirio habla del fuego, lo probable es que fuera muerta al atravesarle una espada o espadín la garganta, forma común de ejecución en Roma. El elogio del Martirologio retiene ambas tradiciones —fuego y espada— como forma de sintetizar la contradicción entre ambas.

Fue enterrada en la vía Nomentana, donde luego la princesa Constantina le erige una basílica, y sus reliquias parecen ser auténticas.

La fiesta de Santa Inés se halla en todos los martirologios, y en Roma se celebraban dos días de su fiesta: el 21 de enero, día de su martirio, y el día 28, llamado de Santa Inés segundo, y correspondiente al día octavo de su triunfo.

José Luis Repetto

El día **22 de Enero de 2012** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilías](#).